

Salir del laberinto de la profunda crisis de valores

M^a Ángeles Almacellas¹

Resumen: La causa última de la crisis económica es la pérdida de valores y la degradación de las costumbres de nuestra sociedad. La actitud relativista, materialista y hedonista de nuestro tiempo ha supuesto una inversión en la escala de valores, y son numerosos los ejemplos de cómo el descalabro ético ha resquebrajado las estructuras de la economía. Por tanto, la solución de la crisis no puede venir sólo de los economistas. Es necesario un gran esfuerzo educativo para cambiar el pensamiento débil por un pensamiento riguroso, elevar el nivel ético de nuestra sociedad y cambiar el ideal de tener más para disfrutar más por el ideal de la unidad y la solidaridad. Es una labor que nos compromete a todos.

Palabras Clave: Crisis económica. Crisis de valores. Crisis del hombre. Degradación moral. Pensamiento débil. Pensamiento riguroso. Sentido de la vida. El ideal. La libertad.

How to get out of the deep value crisis

Abstract: The ultimate cause of the economic crisis is the loss of values, and the degradation of the customs of our society. The relativism, materialism and hedonism of our time has caused a reversal in the importance of the ethical values, and there are many examples of how the ethical disaster has cracked the structures of the economy. Therefore, the solution to the crisis cannot come only from economists. A great educational effort is necessary to change a weak thought for a rigorous thought, in order to raise the ethical level of our society and change the ideal of having more to enjoy more, for the ideal of unity and solidarity. It is job that involves us all.

Keywords: Economic Crisis. Value Crisis. Man Crisis. Moral Degradation. Weak Thought. Rigorous thought. Meaning of life. The ideal. The liberty.

Nota previa: Gracias a mi maestro, el profesor López Quintás, tuve acceso a las revistas de Cemoroc (Mandrúv) prácticamente desde los inicios de su andadura. Pero en julio de 2000, con ocasión del I Congresso Latino de Filosofia da Educação (Associação Brasileira de Educação), tuve el placer de conocer personalmente al Presidente de Cemoroc, el profesor Jean Lauand. A la alta valoración en la que tenía a dichas revistas, se unió, a partir de ese momento, una entrañable amistad, en la que me honro hasta el día de hoy.

A lo largo de los últimos doce años, he tenido el honor de colaborar en *Convenit*, *Notandum* y *Videtur*, y espero que esta relación se prolongue en el tiempo. Pero para mí, lo más significativo en este tiempo ha sido la riqueza intelectual a la que he tenido acceso gracias a la generosidad de Comoroc. Es una auténtica maravilla el haber puesto en relación diversas universidades de ambos Continentes, haber hecho posible el acceso al pensamiento de grandes filósofos y el intercambio de información de conocimientos y experiencias entre tantos profesores de ciencias humanas.

Ahora, al cumplir los 15 años de vida (¡y alcanzar el número emblemático de 200 volúmenes!), es, sin duda, el momento de echar la vista atrás para tener una visión de conjunto. Y la primera palabra que brota de los labios es “gracias” a quienes, con su trabajo entusiasta y desinteresado, han hecho posible esa realidad de la edición de diversas revistas universitarias de humanidades, de gran calidad académica. Realmente ha debido de suponer una labor ingente y, sin duda, no exenta de grandes dificultades, pero los resultados han sido tan buenos, que a los responsables les habrá merecido la pena. En una época como la nuestra, en que la búsqueda de la excelencia es muy poco frecuente, empresas como ésta nos recuerdan cuál es la auténtica misión de la universidad, y el compromiso investigador que implica.

¹ Profesora de la Universidad Internacional de La Rioja (UNIR), donde dirige el Seminario “Cine y Persona” (<http://www.unir.net/seminario-cine-persona.aspx>). Profesora de la *Escuela de Pensamiento y Creatividad* (Prof. D. A. López Quintás) (<http://www.escueladepensamientoycreatividad.org>). Directora de la “Sección Cine y Educación–Madrid” de CinemaNet (<http://www.cinemanet.info/cine-y-educacion/>).

Con el agradecimiento, la más cordial enhorabuena y los mejores deseos de que continúen con tan fecunda labor y, cómo no, la expresión de mi afecto más sincero al querido y admirado amigo Jean Lauand.

Que la causa última de la crisis económica que estamos padeciendo es una crisis de valores es una afirmación ya recurrente, que se presta a poca discusión puesto que el acuerdo es prácticamente unánime².

Por tanto, mientras estadistas y economistas buscan la mejor solución posible al desastre económico, se hace necesario reflexionar sobre dicha “crisis de valores”. Es preciso conocer su etiología, naturaleza y gravedad. Y, sobre todo, urge un compromiso decidido de todos para emprender una profunda renovación ética. Porque la superación de la crisis no depende, en última instancia, de que unas personas consigan “reflotar” la economía, sino de que el hombre sea fiel a su propia naturaleza y se esfuerce en dar a su vida personal y a la de la comunidad de la que forma parte la alta dignidad que le corresponde.

Situación actual

Una de las características de nuestro tiempo es, la falta de búsqueda del sentido de la vida, la indiferencia ante los grandes interrogantes del hombre y el rechazo de cuanto trasciende al ser humano. El ambiente materialista y consumista que impera en nuestra sociedad, ampliado hasta el infinito por los medios de comunicación, nos insta a no reflexionar, a vivir el momento del modo más placentero posible, sin asumir compromisos ni renunciar a nada, y preconiza la satisfacción de los deseos más inmediatos como fuente de la única “felicidad” posible: sexo, bienes de consumo, alto nivel de vida.... Así, el hombre actual ansía vivir "a tope", saciar al máximo sus deseos de goce y bienestar, disfrutar de todo plenamente y con rapidez.

Esta sugestiva y fascinante realidad de disfrutes y placeres es actualmente considerada una conquista del ser humano, un derecho al que nadie tiene por qué renunciar. Por eso, cuanto se interpone a esa dinámica es eliminado sin consideración: el no-nacido, el adversario político, el contrincante en un concurso o trabajo, el anciano, enfermo o desvalido...

La primacía del hedonismo sobre los altos valores ha estado favorecida, en los últimos años, por un desarrollo económico considerable, infinitas posibilidades de diversión y ocio, miles de tentadoras ofertas de experiencias que halagan los sentidos en menoscabo del cultivo del espíritu... Al mismo tiempo, la fuerte competitividad en el mundo laboral ha contribuido a perseguir el éxito inmediato, el lucro y las ventajas personales, en detrimento de la búsqueda de la excelencia –por ejemplo en la Universidad–, con el esfuerzo continuado y el proceso de lenta maduración que exigen el trabajo bien hecho y las grandes empresas.

De forma simultánea, casi imperceptiblemente, detrás de la cortina de humo del aluvión de hedonismo y materialismo consumista desenfrenados, los grandes valores históricamente acreditados en la cultura occidental se han devaluado paulatinamente hasta llegar a ser, incluso, objeto de mofa y desprecio.

² Cfr. Méndez García, José M^a, *¿Crisis económica o crisis de valores? Una Propuesta axiológica*, Madrid, Sepha, 2012.

Crisis económica y crisis de valores

La crisis económica es, ciertamente, la consecuencia directa e inevitable del descalabro ético de nuestras envilecidas costumbres. Sin más horizonte que la satisfacción inmediata de todos los deseos, nos hemos dejado llevar por los falsos señuelos del hedonismo y el consumismo.

Para la gente corriente, el medio más fácil y rápido de conseguir bienes de consumo muy por encima de sus posibilidades reales ha sido recurrir al préstamo bancario, sin pensar que era vivir en la irrealidad. Viajes, ostentosas celebraciones familiares, coches caros, segunda vivienda, lujos y caprichos. Cuando han empezado las turbulencias en la economía, muchas personas se han encontrado sin ahorros, sin trabajo y sin capacidad de hacer frente a las tremendas deudas.

Muchos padres, tan inquietos porque sus hijos satisficieran todos los deseos, no se han preocupado de su formación humana ni de educarles para poder llegar a ser personas cabales. Y tenemos un gran número de jóvenes a la deriva, sin ocupación laboral, incapaces de afrontar con coraje los avatares de la vida y ser dueños de su destino.

La familia, como célula natural y fundamental de la sociedad, así reconocida en la Declaración Universal de los Derechos Humanos³, ha sido cada vez más atacada y vilipendiada. Abundan las familias desestructuradas. Los índices de natalidad han descendido hasta niveles ínfimos, con lo cual nuestra sociedad está condenada a envejecer sin renovarse, con cuanto ello implica de empobrecimiento de todo tipo.

Entre los que deberían ser los servidores de la comunidad, porque son sus representantes, los numerosos casos de corrupción, de saqueo del dinero de todos, ya casi ni llaman la atención. Algunos han llegado a salir a luz, pero, curiosamente, el dinero del que se apropiaron indebidamente no suele devolverse. Es como si la gente se quedara indiferente ante tanta perversión, como si se hubiera perdido todo criterio ético.

Los máximos responsables de las adversidades que soportamos, no sólo no se avergüenzan de su nefasta labor, sino que llevan la cabeza erguida con orgullo, mientras siguen percibiendo escandalosos sueldos con cargo a los impuestos que ahogan a los mismos pobres a los que ellos perjudicaron.

Entidades bancarias que fueron fundadas para ayudar a los más desfavorecidos –como la obra del Padre Piquer–, se han convertido en ámbitos de enriquecimiento fácil para unos pocos, que no han tenido escrúpulos en aprovecharse de la insensatez de unos, ni de la confianza o la ignorancia de otros. Pequeños ahorradores han sido literalmente estafados, en no pocos casos, mediante operaciones que se preocupaban arteramente de no incumplir, formalmente, la legalidad. Pero los responsables no sólo no pagan por ello, sino que siguen disfrutando de su enriquecimiento.

Se han labrado enormes fortunas en un tiempo mínimo, pero no a base de un trabajo provechoso para el bien común, sino sencillamente especulando, aprovechándose de la situación de ventaja. Unos ganaban dinero rápido en detrimento del esfuerzo o del empobrecimiento de otros.

Y así se podría continuar aportando tristes ejemplos de degradación moral.

Es cierto que los más fuertes –o estratégicamente mejor situados– han abusado de los más débiles, y, por tanto, su delito es mayor. Pero todos somos culpables. En los medios de comunicación, se siguen pagando cifras de vértigo para que ciertas personas vayan a exhibir las vergüenzas de su vida disoluta. Pero lo más grave es que

³ “The family is the natural and fundamental group unit of society and is entitled to protection by society and the State” (Artículo 16/3).

gozan de un gran éxito de audiencia. Quienes se muestran sin pudor no son peores que aquellos que los contratan. Y los que se recrean con el vergonzoso espectáculo no gozan de mayor altura moral. Sí, todos somos culpables de la quiebra de valores que padecemos.

Esa actitud generalizada de egoísmo, búsqueda desenfrenada de placeres y ganancias, exigencia de derechos pero rechazo de obligaciones, esfuerzo y compromiso, debía forzosamente desembocar en un grave quebranto de las estructuras de la economía. Y la pérdida de valores y degradación de las costumbres debía forzosamente resquebrajar los cimientos de nuestra sociedad.

Pero a la corrupción de las costumbres se llega por la corrupción del pensamiento. ¿En qué sentido el “pensamiento débil” ha hecho posible toda esa ignominia?

“Pensamiento débil” y crisis del hombre

El hombre de hoy tiende a considerar el bien y el mal, lo ético y lo inmoral, basándose en estadísticas, y, así, lo que hace la mayoría es considerado "normal", sin entrar en más juicios éticos. “Normal” significa que algo está en su estado natural. Por ejemplo, que un hombre violento trate rudamente a otra persona es "normal", va en su naturaleza, pero no por ello deja de ser éticamente reprobable. Pero “normal” significa también que sirve de "norma" o "regla". Por lo cual, con un criterio cuantitativo como el que rige hoy día, ciertos actos perversos en sí mismos, por el hecho de ser realizados por un gran número de personas, no sólo son aceptados como éticamente válidos, sino que, además, llegan, incluso, a considerarse "normativos".

Así ha sucedido con la supresión de la vida del *nasciturus*. Es "natural" que un embarazo suponga una grave perturbación -y hasta un drama- para una mujer, en determinadas circunstancias. Es "natural" que experimente el impulso de solucionar el problema como sea, y hasta tenga la tentación de deshacerse de la vida naciente que tanta angustia le causa. Pero esto no justifica, de ningún modo, que, para resolver su difícil situación, elimine una vida. Provocar un aborto puede ser "explicable", pero no "justificable". Es una acción reprobable en sí misma.

Sin embargo, por el mero hecho de ser "explicable" y, además, ser cometido por un gran número de personas, ha sido considerado "normal", entendido como natural y como normativo. Y, en consecuencia, se le ha otorgado el rango de legal. Nuestra sociedad relativista se ha hecho leyes a la medida de sus propias apetencias y vive aletargada, con la falsa ilusión de que no hay más dios que el legislador respaldado por la mayoría. Tiene jurisdicción para decidir qué es legal, pero no tiene poder sobre el bien y el mal. Así, rehusando la verdad, vive en la falsedad, en la irrealidad.

El hombre de hoy, en su afán por gozar de una libertad sin límites ni medida, ha perdido toda noción de moralidad. Vive como si el bien y el mal no existieran y él fuera dueño de decidir a su conveniencia la eticidad o perversidad de actos y actitudes. De este modo puede sentirse tranquilo, porque no hay nada, ningún referente ético, que condicione su libre arbitrio.

Para alcanzar ese objetivo de no reconocer ni el bien ni el mal absolutos, ha tenido que rechazar la verdad del hombre y la verdad del Universo. Se niega la verdad inmutable del valor, la posibilidad de que tenga validez universal sobre la que el hombre no tiene potestad porque lo trasciende. Al “*Dios ha muerto*” de Nietzsche, le ha seguido, ineludiblemente, “la verdad ha muerto”. Ya sólo existe el hombre y la “verdad” coyuntural y fungible de la opinión o la conveniencia de cada uno. En ese sistema de pensamiento nihilista, todo es relativo y, por tanto, inconsistente y efímero.

Pero, en todo lo que hace, el hombre se hace a sí mismo como ser-en-el-mundo. Cuando relega la verdad no se libera. Al contrario, se hace esclavo de sí mismo, de sus propias pasiones y limitaciones. Sólo la búsqueda comprometida de la verdad y la adhesión a la verdad hacen al hombre auténticamente libre. No puede eliminar la verdad, porque ésta trasciende al hombre.

Al carecer de valores supremos, la persona se queda sin un ideal valioso y pierde el sentido de la existencia. Porque limitar los principales objetivos a poseer bienes y acumular sensaciones, inexorablemente, acaba vaciando la vida de sentido. En principio, lo agradable es un valor y no es éticamente negativo en sí mismo. Sin embargo, considerado como una meta absoluta, recluye al hombre en el mundo estrecho y cerrado de sus apetencias y frena o impide su desarrollo personal.

Pero la sociedad actual no sólo no ayuda a discernir con claridad qué actitudes llevan al hombre a pleno desarrollo y cuáles lo abocan a la destrucción personal. Más bien al contrario, lo induce a creer que es totalmente libre cuando se entrega a satisfacer sin cortapisas sus impulsos y pasiones, y le insta a considerar un inadmisibles atentado a su libertad todo control sobre los mismos.

Esta falacia deja a la persona desconcertada e indefensa, perdida en un "vacío existencial" ante el que no sabe cómo reaccionar, si no es con la falsa ilusión de creer que, si intensifica la satisfacción de deseos y apetencias, logrará incrementar la seguridad de la que carece. Tal desconcierto intelectual y espiritual ha dejado al hombre de hoy a la deriva, sin capacidad de reaccionar ante las graves consecuencias de su insensata actitud vital.

El hombre, “ser-en-relación”

Cada persona tiene la experiencia de ser un "yo" autónomo, independiente, que tiene la capacidad de tomar distancia respecto de las realidades de su entorno y decidir qué tipo de relaciones establece con cada una de ellas.

Esto puede llevarnos a pensar que nuestra libertad es absoluta, que somos totalmente autosuficientes. Pero no es así. Estamos radicalmente vinculados a nuestro entorno. Estamos insertos en una trama de relaciones y somos personas en cuanto vivimos comprometidamente en relación generosa con las realidades del entorno. Éstas, a su vez, nos nutren ofreciéndonos las posibilidades que necesitamos para desarrollarnos.

Las relaciones, en el hombre, no son, pues, un accidente que se añade a su ser, sino que el mismo hombre es un ser-en-relación⁴. La “relación” es un dato constitutivo ontológico del ser humano. El hombre es relacional y tiene su vida, a sí mismo, sólo como relación.

Su ser-en-el-mundo es, propiamente, un ser-en-relación. La esencia de la existencia humana se encuentra en la propia autotrascendencia. Por tanto, más que un mero ser-en-el-mundo, el hombre es un ser-en-el-mundo-con-los-otros, o, más exactamente, como afirma el profesor López Quintás, un ser-de-encuentro⁵.

⁴ “La cuestión de Kant “¿Qué es el hombre?” [...] no puede ser resuelta, si es que cabe resolverla, partiendo de la consideración de la persona humana en cuanto tal, sino, únicamente, considerándola en la totalidad de sus relaciones esenciales con el ente. Sólo el hombre que realiza en toda su vida y con su ser entero las relaciones que le son posibles puede ayudarnos de verdad en el conocimiento del hombre”, Buber, Martin, *¿Qué es el hombre?*, Fondo de Cultura Económica, México, 22001, pág. 141.

⁵ “El hombre, ser de encuentro, se desarrolla y perfecciona como persona creando relaciones de encuentro con las demás personas, las instituciones, las obras culturales, los pueblos y paisajes, la tradición y –entre los creyentes– el Dios que se reveló en Jesús de Nazaret”, López Quintás, A., *El secreto de una vida lograda*, Palabra, Madrid, 2003, pág. 108.

Sentido de la vida

El hecho de que seamos un nudo de relaciones en esa red de realidades interrelacionadas e interdependientes condiciona nuestra acción, puesto que *estamos llamados*, por nuestra misma naturaleza, a entañarnos activamente en esa trama y comprometernos en la tendencia a la unidad que rige el Universo. Esta orientación dinámica hacia el valor supremo que hay que realizar, la *unidad*, es la *misión* del hombre. Llamada, *vocación*, y respuesta, *misión*. La *vocación* y la *misión* del hombre consisten en realizar formas valiosas de unidad.

Para establecer vínculos fecundos, el hombre debe elevarse del *nivel 1* de realidad⁶, de lo meramente objetivo, lo práctico, lo útil..., al *nivel 2*, que es el propio del encuentro personal generoso y desinteresado, es decir, el que corresponde a la naturaleza del hombre como ser-en-relación. Para que esta realidad de vínculos valiosos pueda darse, la persona debe adherirse incondicionalmente a los valores (*nivel 3* de realidad), y comprometerse con su cumplimiento, por encima de sus tendencias más primarias. Sólo la decisión inquebrantable de asumir incondicionalmente los valores otorga pleno sentido a la existencia humana.

Así pues, el obrar del hombre nace de su propia decisión ante la posibilidad de elección, implica una respuesta, afirmativa o negativa, a la llamada a insertarse en la dinámica del Universo y crear unidad. "Al hacer su vida, el hombre entre las posibilidades que tiene elige unas y rechaza otras, de modo que la figura que el hombre determina en cada acto vital suyo pende en gran parte de decisiones suyas", afirma Xavier Zubiri⁷.

Así, la realidad de la existencia humana es, en sí misma, un *poder-ser*.

El ser humano debe, pues, discernir con su inteligencia y decidir con su libertad la trayectoria vital que elige⁸. En esa inteligencia y esa libertad radica la grandeza del ser humano, pero también su gran drama. El animal tiene instintos seguros que le indican en cada momento y situación cómo debe actuar, pero el hombre carece de un instinto que le señale qué actitud debe adoptar para alcanzar la figura de hombre que está llamado a conseguir. Determinar las actitudes básicas y el modo de actuar y relacionarse con la realidad es responsabilidad de cada uno⁹.

Cuando un hombre sale de sí mismo, es decir, se trasciende, para crear relaciones de encuentro, fortalece y enriquece la trama del mundo, de la que forma parte, se sitúa en su verdad de hombre y experimenta cómo su vida se llena de sentido hasta los bordes. La vida tiene sentido cuando está bien orientada, cuando la encauzamos decididamente hacia el valor supremo que corresponde a la dignidad de la persona: la unidad y la solidaridad. Es decir, el sentido de la vida del hombre radica en el amor, en la creación de relaciones afectivas valiosas, basadas en una actitud de generosidad incondicional.

Sin embargo, si en lugar de trascenderse generosamente, se recluye en su yo aislado, se sitúa frente a las realidades de su entorno para utilizarlas a su servicio o se

⁶ Para una descripción de los niveles de realidad, véase López Quintás, A., *Descubrir la grandeza de la vida. Una vía de ascenso a la madurez personal*, Desclée De Brouwer, Bilbao, 2009, pp. 93-131.

⁷ Cfr. Zubiri, X., *Sobre el hombre*, Alianza Editorial, 1986, p. 343.

⁸ "El hombre es inteligente [...] porque necesita elegir. Y porque tiene que elegir, tiene que hacerse libre. De ahí procede esa famosa "libertad del hombre", esa terrible "libertad del hombre", que es también su más alto privilegio". Ortega y Gasset, J., "El mito del hombre allende la técnica", Conferencia en el coloquio de Darmstadt, en *Obras Completas*, IX, pág. 622.

⁹ "El argumento del drama (de la vida humana) consiste en que el hombre se esfuerza y lucha por realizar, en el mundo que al nacer encuentra, el personaje imaginario que constituye su verdadero yo. [...] Este personaje ideal que cada uno de nosotros es se llama vocación", Ortega y Gasset, J., "Introducción a Velázquez", en *O.c.*, VIII, pág. 468

desentiende de ellas, reduce el alcance de su realidad personal y la empobrece hasta llegar a destruirse como persona.

El valor supremo del ser humano

Por tanto, la actitud vital fundamental adecuada al ser humano, la que le corresponde para alcanzar plenamente la figura de hombre que está llamado a conseguir, es establecer unidad con su entorno, o lo que es lo mismo, amar incondicionalmente. La creación de vínculos valiosos es el fundamento ajustado a su naturaleza, que lo orienta a su plenitud como ser humano. Constituye el valor supremo para él, es decir, el *ideal*. Entendido el término *ideal*, no como una idea irrealizable, utópica, sino como el objetivo perfecto que sirve de norma a toda la trayectoria vital de la persona, pues ordena y da sentido a todos los valores que encarna en su vida.

El ideal señala la orientación que cada hombre quiere dar a su historia personal y, por tanto, es el humus en el que van a insertarse, para nutrirse y robustecerse, las grandes líneas de acción de la vida. Es el horizonte que se pretende alcanzar y es la luz que nos indica la ruta a seguir. Pero, a su vez, constituye una fuente de energía operante que nos da el vigor necesario para lograr las metas que nos proponemos y llevar a cabo los hechos cotidianos que acometemos.

La vida del hombre es siempre un presente proyectado hacia el futuro. El pasado ha dejado su impronta, sus estímulos y sus condicionantes, pero la existencia se desliza constantemente hacia el mañana¹⁰. En el devenir histórico del hombre, el *ideal* —la creación de vínculos de amor—, como valor supremo que se desea alcanzar en plenitud, es proyecto de futuro, pero es también realidad de la que se participa en el presente.

El hombre, ser libre

Entre todos los seres del Universo, únicamente el ser humano tiene la facultad de tomar una opción consciente y libre, adoptar una actitud u otra, optar por un valor determinado, llevar a cabo un acto concreto entre otros posibles.

La libertad es el rasgo que caracteriza al hombre como ser relacional. Es, sin duda, la categoría más preciada del hombre, pero también la más pobremente entendida. Es un don magnífico, pero, como todo don valioso, no le es dado al hombre como una realidad cerrada, sino como una tarea que le compromete.

Distintos modos de libertad

Hay un primer nivel de libertad, que supone la capacidad de ejercitar sin trabas las propias potencias fisiológicas y psíquicas: moverse, ver, oír, oler, tocar, pensar, recordar, querer...; poder permanecer en un lugar o alejarse a su antojo, sin nadie que le ponga límites como a un preso; contar con posibilidades, incluso económicas, que permitan desenvolverse con holgura en un cierto medio social...; expresar sin cortapisas las propias opiniones y creencias...; participar en las decisiones de la comunidad a la que se pertenece...

¹⁰ “[...] El que soy hoy proviene por serie continua de estados de conciencia, del que era mi cuerpo hace veinte años. La memoria es la base de la personalidad individual, así como la tradición lo es de la personalidad colectiva de un pueblo. Se vive en el recuerdo y por el recuerdo, y nuestra vida espiritual no es, en el fondo, sino el esfuerzo de nuestro recuerdo por perseverar, por hacerse esperanza, el esfuerzo de nuestro pasado por hacerse porvenir” (Miguel de Unamuno, *Del sentimiento trágico de la vida*, Espasa-Calpe, Madrid ⁶1994, pág. 53).

Esta libertad primera y fundamental es tan valiosa, sugerente y prometedora que, si no se está sobreaviso, uno puede llegar a considerar como *la libertad humana* por antonomasia el mero hecho de carecer de impedimentos que impidan o condicionen su capacidad de movimientos y decisión. “*Nací para conocerte, para nombrarte. Libertad*”, dice Paul Éluard en su hermosísimo poema *Liberté*¹¹.

Con esta confusión se empobrece enormemente no sólo el concepto mismo de libertad sino que se dificulta la posibilidad de llegar a ser persona enteramente libre. Porque la facultad de poder elegir libremente entre varias alternativas no equivale todavía a *ser libre*.

La libertad de acción y de decisión es, ciertamente, una libertad fundamental, básica, pero muy elemental. Es sólo el primer nivel de libertad. Quedarse en ese plano y obrar según las propias tendencias y apetencias inmediatas no sólo es perjudicial para el propio desarrollo personal, sino que, paradójicamente, acaba haciendo al hombre esclavo de sí mismo. Porque el hombre no se realiza como persona mediante actos insolidarios, aunque sean gratificantes y exalten el ánimo al principio. Elegir lo que uno quiere, desde la soledad del propio egoísmo, no contribuye a la edificación de la vida humana. Es una *libertad vacía*.

El solo ejercicio del libre arbitrio no basta para vivir una auténtica vida humana. Para que la libertad de acción y de decisión de un hombre llegue a ser verdadera libertad, requiere un proceso de reflexión y discernimiento sobre las opciones que se le presentan, a fin de saber elegir aquella que mejor le oriente a la figura de hombre que está llamado a ser en la trama del Universo, de la que forma parte.

La verdadera libertad comienza cuando elige, en cada momento, aquello que debe realizar para conseguir la meta valiosa que se ha propuesto. Frente a la *libertad vacía* de hacer lo que uno quiere sin sentido alguno, hay una *libertad creativa*, la capacidad de elegir lo que le conduce a su verdadero desarrollo personal, aunque de momento no le apetezca, sea duro de realizar o, incluso, a veces, heroico.

Un hombre es verdaderamente libre, con *libertad auténtica*, si está orientado hacia su pleno desarrollo, si responde a las exigencias más profundas de su ser, a su *ideal* como persona. Será una libertad falsa la que lo desvíe de la figura humana que debe configurar a lo largo de su vida.

¹¹ “Sur mes cahiers d’écolier/Sur mon pupitre et les arbres/Sur le sable de neige/J’écris ton nom//Sur les pages lues/Sur toutes les pages blanches/Pierre sang papier ou cendre/J’écris ton nom//Sur les images dorées/Sur les armes des guerriers/Sur la couronne des rois/J’écris ton nom//Sur la jungle et le désert/Sur les nids sur les genêts/Sur l’écho de mon enfance/J’écris ton nom//Sur les merveilles des nuits/Sur le pain blanc des journées/Sur les saisons fiancées/J’écris ton nom//Sur tous mes chiffons d’azur/Sur l’étang soleil moisi/Sur le lac lune vivante/J’écris ton nom//Sur les champs sur l’horizon/Sur les ailes des oiseaux/Et sur le moulin des ombres/J’écris ton nom//Sur chaque bouffées d’aurore/Sur la mer sur les bateaux/Sur la montagne démente/J’écris ton nom//Sur la mousse des nuages/Sur les sueurs de l’orage/Sur la pluie épaisse et fade/J’écris ton nom//Sur les formes scintillantes/Sur les cloches des couleurs/Sur la vérité physique/J’écris ton nom//Sur les sentiers éveillés/Sur les routes déployées/Sur les places qui débordent/J’écris ton nom//Sur la lampe qui s’allume/Sur la lampe qui s’éteint/Sur mes raisons réunies/J’écris ton nom//Sur le fruit coupé en deux/Du miroir et de ma chambre/Sur mon lit coquille vide/J’écris ton nom//Sur mon chien gourmand et tendre/Sur ses oreilles dressées/Sur sa patte maladroite/J’écris ton nom//Sur le tremplin de ma porte/Sur les objets familiers/Sur le flot du feu béni/J’écris ton nom//Sur toute chair accordée/Sur le front de mes amis/Sur chaque main qui se tend/J’écris ton nom//Sur la vitre des surprises/Sur les lèvres attendries/Bien au-dessus du silence/J’écris ton nom//Sur mes refuges détruits/Sur mes phares écroulés/Sur les murs de mon ennui/J’écris ton nom//Sur l’absence sans désir/Sur la solitude nue/Sur les marches de la mort/J’écris ton nom//Sur la santé revenue/Sur le risque disparu/Sur l’espoir sans souvenir/J’écris ton nom//Et par le pouvoir d’un mot/Je recommence ma vie/Je suis né pour te connaître/Pour te nommer/Liberté”. Paul Eluard, *Poésies et vérités*, 1942.

El hombre no es una realidad totalmente terminada, sino que está obligado a forjar su propia personalidad. Por tanto, el ser humano es siempre una posibilidad. Cada uno debe llevar su persona a pleno desarrollo de forma racional y voluntaria. Si no lo hace, contraría la exigencia más honda de su propio ser, se desajusta y empobrece su existencia hasta llegar a bloquear su dinamismo personal.

De tal modo que el *poder-ser* implica, ineludiblemente, un *deber-ser*.

Así pues, el hombre tiene que aprender a sobrevolar sus propias inclinaciones, para verlas en relación con el ideal de su vida. Entre el estímulo que le apela y su reacción ante él, media el espacio de la libertad, en el que debe reflexionar y no permitir que sean sus intereses y deseos inmediatos quienes decidan, sino su inteligencia y su voluntad. Una persona es totalmente libre cuando ostenta señorío sobre sí misma -pulsiones, pasiones, deseos, impulsos...- y soberanía de espíritu para no ceder irreflexivamente a las presiones de distinta índole que se ejercen sobre ella. Es auténticamente libre el que es capaz de elegir una posibilidad entre varias no porque sea la que más le guste o le apetezca, sino porque es la que mejor contribuye a su desarrollo como persona.

El futuro, en cuanto suma de situaciones, no es exactamente previsible ni dominable, pero el que es auténticamente libre se erige en narrador y protagonista activo y comprometido de su propia biografía, proyecta consciente y responsablemente el rumbo de su vida, y es capaz de afrontar con soberanía de espíritu los imprevistos y las dificultades. En toda situación, por dura que sea, el hombre tiene capacidad de elevarse sobre sí mismo, vincularse al ideal y enfrentarse, así, a su destino¹². Es lo que Viktor Frankl llamaba "la última de las libertades humanas: la elección de la actitud personal ante un conjunto de circunstancias, para decidir su propio camino. (...) Es esa libertad espiritual, que no se nos pueden arrebatar, lo que hace que la vida tenga sentido y propósito"¹³.

Un uso inadecuado de la libertad supone, ante todo, alterar la tensión simétrica entre las diferentes realidades de la trama del Universo. Todos los elementos del Universo tienden a la unidad. Pero sólo el hombre lo sabe, sólo el hombre goza de la libertad de poder optar, salir de sí y colaborar generosamente, con su esfuerzo, a crear unidad. Ésta es su dignidad. Pero también únicamente el hombre puede decidir volverse sobre sí mismo y utilizar el entorno en su propio beneficio egoísta, en perjuicio de los otros. Ésta es su miseria.

Quienes hacen mal uso de la libertad ocasionan menoscabo a la relación equilibrada y solidaria entre los elementos de la red de vínculos del Universo, que tiende a la unidad. Es decir, ofenden y perjudican a los demás, Con ellos no es posible coexistir, porque se favorecen a sí mismos en detrimento de otros. La dignidad de la propia libertad pide que se dé respuesta al mal uso de la misma libertad.

Una sociedad que no defienda abierta y decididamente la auténtica libertad y que, por el contrario, fomente el mal uso de la facultad de obrar con libre arbitrio, se acabará autodestruyendo. Los más fuertes abusarán de los más débiles en propio

¹² Nelson Mandela, en los dramáticos momentos de su cautiverio en cárceles sudafricanas, se recitaba a sí mismo, como una oración, el poema "Invictus", escrito por Ernest Henley en 1875, que constituye un canto a la auténtica libertad incluso en las peores circunstancias:

Out of the night that covers me,/Black as the pit from pole to pole,/I thank whatever gods may be,/For my unconquerable soul./In the fell clutch of circumstance,/I have winced but not cried aloud./Under the bludgeonings of chance,/My head is bloodied but unbowed./Beyond this place of wrath and tears,/Looms but the horror of the shade./And yet the menace of the years,/Finds, and shall find me, unafraid/It matters not how strait the gate,/How charged with punishments the scroll,/I am the master of my fate,/I am the captain of my soul.

¹³ *El hombre en busca de sentido*, Herder, Barcelona, ¹⁸1996, pp. 69-70

beneficio. Pero todos, poderosos y desvalidos, andarán inexorablemente perdidos en el laberinto de una vida carente de rumbo y sentido.

Sumidos, como estamos ya, en una abismal crisis económica, que ha puesto al descubierto todas las miserias de una sociedad consumista que vive anclada en el mero materialismo, de espaldas a los grandes valores que otorgan dignidad a la persona, nos apremia la urgencia de tomar medidas correctoras, de emprender una profunda renovación ética¹⁴.

El gran psiquiatra vienés Viktor Frankl nos dejó dicho que es necesario "un cambio radical de nuestra actitud hacia la vida", porque "vivir significa asumir la responsabilidad de encontrar la respuesta correcta a los problemas que ello plantea y cumplir las tareas que la vida asigna continuamente a cada individuo"¹⁵

Este "cambio radical" implica dar un giro de 180° a la orientación de la vida del hombre tal como se contempla hoy. Hay que llevar a cabo una intensa labor educativa que sustituya el "pensamiento débil", que todo lo confunde, por un pensamiento riguroso, capaz de analizar con precisión cuál es la realidad del hombre, o, más exactamente, que permita distinguir nítidamente las leyes del desarrollo humano¹⁶ y descubrir cuál es el auténtico *ideal*, el que corresponde a la alta dignidad de la persona, frente a los falsos ideales que propugnan el relativismo y el materialismo imperantes.

"El "rearme moral" que hoy se propugna implica superar el cansancio espiritual, la "fatiga del absoluto" (Zubiri), no contentarse con medias verdades y dar a la vida el voltaje necesario para crear las formas más altas de unidad, es decir, de encuentro. Ello nos elevará a un nivel de máxima dignidad y autenticidad"¹⁷.

La calamitosa época que estamos viviendo, con sus escalofriantes índices de pobreza y paro, puede ser el punto de inflexión para la "catarsis" imprescindible para salvar al hombre actual. Es el momento de emprender una tarea educativa intensa y profunda. La clave de esta labor formativa consiste en cambiar el ideal de tener más para disfrutar más, por el ideal de la unidad y la solidaridad.

Es de todo punto imprescindible un gran esfuerzo para elevar el nivel ético de nuestra sociedad. Sólo así podremos conseguir que la dramática situación que tantos sufrimientos está causando no se resuelva en perjuicio de los más débiles ni se repita en el tiempo.

Todos estamos comprometidos en esa labor.

Recebido para publicação em 15-08-12; aceito em 13-09-12

¹⁴ Ya a finales del pasado siglo, el filósofo Alfonso López Quintás denunciaba la situación de deterioro moral de nuestra sociedad, y planteaba propuestas concretas para una renovación ética, en su obra *Necesidad de una Renovación Moral*, Edicep, Valencia, 1994.

¹⁵ O.c., pp. 78-79.

¹⁶ Para una descripción clara y rigurosa de las leyes del desarrollo humano, véase "Conocimiento de la vida humana por vía de experiencia", en López Quintás, A., *Descubrir la grandeza de la vida. Una vía de ascenso a la madurez personal*, Desclée De Brouwer, Bilbao, 2009, pp. 25-91.

¹⁷ Cfr. López Quintás, A., *Necesidad de una Renovación Moral*, Edicep, Valencia, 1994, pág. 203.